

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

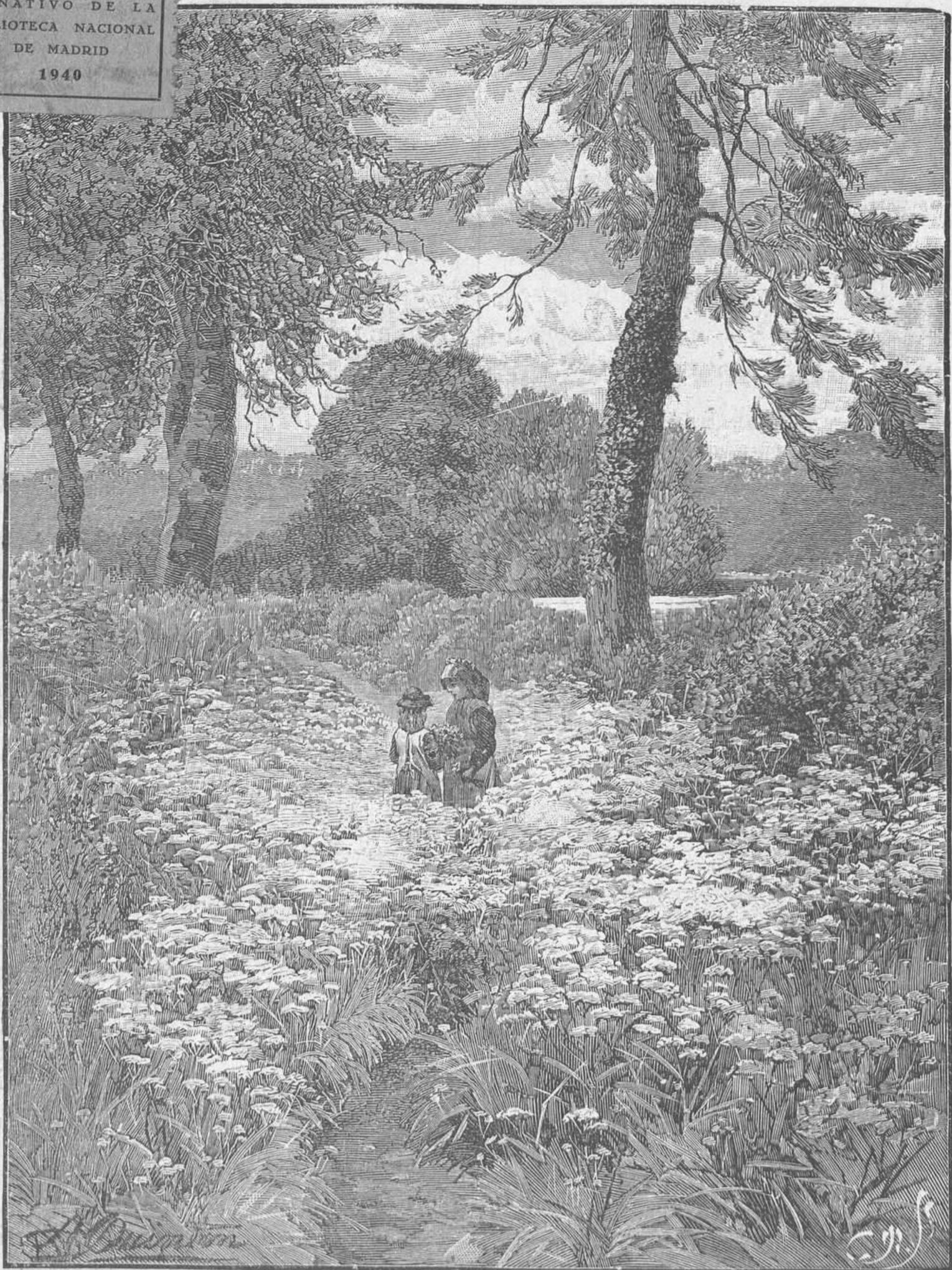
PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO XXV.

MADRID 1.º DE JUNIO DE 1898.

NÚM. 289.

DONATIVO DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940



LA PRADERA

No hay poeta que haya dejado de cantar las bellezas de las praderas hermosas que Naturaleza, ayudada por la mano del hombre, presenta á nuestros ojos. No hay tampoco corazón bien puesto, que deje de latir con placer inefable, y experimentar expansión gratísima al encontrarse enmedio de ellas. La grande variedad de flores que las adornan, el zumbido de insectos de muchas clases que allí pululan, el ambiente perfumadísimo que se respira, la temperatura dulce que allí se goza, todo contribuye á mover el corazón á la alegría, el pecho á la expansión y la lengua á los cánticos.

Sin embargo, las praderas, como todo en el mundo después de la prevaricación primera, tienen sus peligros. Y los de las praderas no son de los más pequeños. La humedad que allí se siente fácilmente reumatiza, y los reptiles que entre su hierba se esconden fácilmente clavan su aguijón y transmiten su veneno.

Triste consecuencia del pecado, desde que sobre la tierra fueron pronunciadas aquellas palabras: «Maldita será la tierra por amor de ti, con dolor comerás de ella todos los días de tu vida.» Nada tan hermoso como ella, pero sobre ella pesa la maldición del Criador. Triste fatalidad de los placeres humanos, que todos ellos van acompañados de peligros.

Por eso es necesaria mucha discreción en el uso de los placeres, pues como

se dice comunmente: «Tras de la cruz está el diablo», y mucho más estará en las horas del goce y de la expansión.

Recogiendo van las jóvenes de la lámina las hermosas flores de la pradera: ¿Saldrán ilesas de enmedio de ella?

LA FORTALEZA INEXPUGNABLE.

(COMPARACIÓN)

No ha mucho vieron la luz en un periódico alemán unas cartas del famoso ministro de la Guerra de aquella nación, el general Moltke.

En una de ellas, habla de la fortaleza llamada *inexpugnable* de Gibraltar, haciendo observar que aquella fortaleza no tiene agua. Esta corta observación testifica el gran golpe de vista de aquel militar estratégico. Las rocas abruptas, las fuertes murallas, los enormes cañones de que toda ella está erizada, le hacían pensar cómo podría ser tomada aquella plaza, cuando la vista de los portadores de agua le inspiró este pensamiento muy natural: «una fortaleza que no tiene agua, no es inexpugnable; tiene un lado débil que ni torres ni cañones pueden reemplazar.»

¿No deberían los cristianos hacerse la misma reflexión, cuando ven las gigantes fortalezas que los enemigos de la verdad levantan contra el Evangelio y su Cristo, los trabajos que las artes y las ciencias, las invenciones y los progresos modernos están haciendo contra el cristianismo? No se asusten ni se

desalienten los cristianos: pregúntense, antes bien, como aquel general prusiano: ¿no tienen esas fortalezas algún lado débil? Y el Señor les mostrará bien pronto que privadas de las fuentes de aguas vivas, todas esas grandes fortificaciones no podrán subsistir; caerán más tarde ó más temprano á los golpes de la palabra del Señor.

¿Sabéis cuáles son las fortalezas inexpugnables? Se habla hoy mucho entre los políticos de la necesidad de grandes ejércitos y grandes fortificaciones para la defensa de un país. Y un político cristiano, que en estas cuestiones se ocupaba, decía con convicción: «levantad en un pueblo las fortalezas que voy á indicaros y ese pueblo será inconquistable. 1.^a Enseñad á los ciudadanos á respetar las leyes divinas y humanas; 2.^a Perseguid con encarnizamiento la mentira y la ociosidad; 3.^a Enseñad al pueblo, en general y en particular, á vivir contento con lo que tiene y no ambicionar más de lo debido, y 4.^a Preservadlo del amor desmedido de los placeres, de la intemperancia y de las malas costumbres. Ese pueblo así fortificado, tendrá paz dentro de sí mismo, vivirá en paz con los demás pueblos, y si en alguna ocasión tuviere que sostener alguna guerra injusta, cada uno de sus ciudadanos será un héroe.



EL MENDIGO INGRATO.

Se atribuye la siguiente anécdota al Rey Alfonso X, á quien pusieron por

sobrenombre el *Sabio*, y que subió al trono en 1252. Sabedor de que sus pajes habían abandonado por completo la costumbre de pedir la bendición divina al participar de los alimentos, sintió grande y profunda tristeza y procuró desde entonces encontrar el medio más eficaz para señalarles lo grave de este conflicto.

Por fin hubo de encontrar uno que prometía darle el resultado que deseaba. Invitó á los pajes de su corte á su mesa y mandó prepararles una buena y abundante comida. Cuando todos estuvieron en sus puestos el Rey dió la señal para empezar. Todos gozaron de aquel regio festín, pero ninguno se acordó de dar gracias á Dios por los dones de su Providencia y de su amor.

En aquel momento, y de una manera inesperada para los comensales, entró en el comedor un pobre y miserable mendigo, quien, sin gastar ceremonias, tomó asiento en la mesa real y comió y bebió imperturbable, hasta satisfacer su voraz apetito.

La sorpresa y la admiración se pintó en el rostro de todos los presentes. Los pajes miraban al Rey y después volvían la vista al audaz intruso, esperando por momentos la hora cuando su majestad daría la orden para separarle de la mesa y arrojarle de aquellos sitios. Alfonso, sin embargo, guardó silencio; mientras que el mendigo, animado por la presencia del Rey, comió á su gusto.

Cuando hubo saciado su apetito, se

levantó de la mesa, y sin decir una palabra se alejó del palacio.

—¡Qué hombre tan ordinario—gritaron á una voz los convidados.

Con calma, pero á la vez revestido de bastante energía, el buen Rey se puso en pie y dijo:

—Jóvenes, vosotros habéis sido más atrevidos y más audaces que este mendigo; todos los días os sentais á la mesa, que la bondad de vuestro Padre Celestial abastece para vosotros, sin pedirle su bendición, y os retirais sin expresarle vuestra gratitud. En verdad que todos y cada uno de vosotros deberíais estar avergonzados por vuestra conducta, mil veces más reprehensible que la de este pobre mendigo.



EL FILÓSOFO Y EL BARQUERO

Un filósofo, que deseaba cruzar un ancho y caudaloso río, trató con un barquero para que lo llevase á la orilla opuesta.

En el camino el filósofo preguntó al barquero si sabía algo de álgebra.

—¿Álgebra dice usted? ¿Qué clase de pescado es ese? Nunca lo he oído mentar—replicó el barquero.

—Entonces ha perdido usted sin provecho la cuarta parte de su vida; pero quizá sabrá usted algo de metafísica.

—*Meta, meta*, ¿qué dice usted, caballero? No conozco á esa señora.

—Vaya, usted no me entiende. Lo que le pregunto es que si sabe algo de metafísica; la ciencia que trata de los

primeros principios de nuestros conocimientos, de las ideas universales, de los seres espirituales; es decir, la ontología.

—Ninguna de esas familias vive por estos andurriales, caballero, ni conozco á los parientes espirituales á quienes anda usted buscando.

—Vaya, vaya, hombre—añadió el filósofo,—pues si usted no sabe nada de álgebra ni de metafísica, ha perdido la mitad de su vida inútilmente. Pero quizás sabrá usted algo de astronomía.

—Ni de la mía ni de la de otros me ocupo yo, caballero.

—Pues entonces, amigo, ha perdido usted las tres cuartas partes de su vida... Pero ¿qué significa el agua que está entrando en el bote?—preguntó alarmado el filósofo.

—¿Pues no ve usted, caballero, que el barco se está yendo á pique? ¿Sabe usted nadar?

—¡Nadar!—gritó el filósofo;—¿cree usted que un sabio como yo iba á perder su tiempo en aprender á nadar?

—Pues, caballero, si usted no sabe nadar, debe saber que ahora mismo va usted á perder *toda su vida*, porque el bote se va á pique y usted se irá con él al fondo del río.

—¡Yo!—exclamó angustiado el filósofo—daría en este momento todos los conocimientos científicos que poseo por saber nadar.

El barquero se arrojó al agua, y nadando llegó á la orilla. El filósofo ¡ah! el pobre filósofo, con toda su sabiduría, se ahogó.



VICENTE FERRER

PREDICANDO Á LOS JUDÍOS

Era allá por los años de 1406. A los horrores que las fanáticas predicaciones del famoso arcediano de Écija habían provocado en Sevilla y otras muchas poblaciones, en el reinado de Enri-

que III, sucedieron las predicaciones de Vicente Ferrer en el reinado de Juan II.

Vicente Ferrer, de la orden dominicana, se dió á conocer como un predicador itinerante en Castilla y Aragón, buscando principalmente á los judíos, y exhortándoles á renunciar á su antigua fe y aceptar la de Cristo. Era un hom-

bre de celo ardiente, energía incansable y una elocuencia que entusiasmaba. Á la vez todo su aspecto exterior prevenía al público en favor suyo, pues era todo él muy ascético.

El pueblo, enardecido por las predicaciones del dominico, en que ponía muy de relieve la impiedad y obstinación judaica, estaba profundamente irritado contra aquella raza, y se había propuesto el objetivo de «que se convirtiesen ó que fuesen destruídos.» Vicente Ferrer corría de pueblo en pueblo, con un crucifijo en una mano y la ley de Moisés en la otra, seguido de una chusma armada que maltrataba, y aun mataba, á los que no querían oírle.

Algunos judíos le escucharon con docilidad, y aceptaron, ó aparentaron aceptar el cristianismo. Se dice que Vicente Ferrer convirtió á 35.000 judíos, y otros hacen ascender á 50.000 este número. Un historiador hebreo no tiene reparo en confesar que fueron 20.000.

Pero si el celo de Vicente Ferrer fue tan ardiente contra los judíos, no debiera haber sido menor en contra del fanatismo católico, que con cualquier motivo, tal vez á la salida de oír alguna predicación del dominico, mataba impunemente á los judíos que encontraba á su paso.

Es muy triste el que se niegue la venida de Cristo y su redención consumada en el Calvario, pero es no menos triste que se quiera forzar, con el cuchillo ó con la hoguera, á aceptar una creencia, que su espíritu rechaza. Toda

violencia es mala, pero la violencia sobre el espíritu, la violencia sobre la fe religiosa es peor.

HABLAD VERDAD

CADA UNO CON SU PRÓJIMO

(Efesios 4. 25).

Dicen que una mujer de Persia había ocultado 40 monedas de oro en el forro del vestido de su hijo, en el momento en que éste iba á emprender un gran viaje. Enseguida se despidió de él, y le apretó á su corazón, después de haber oído de sus labios la promesa de no proferir mentira alguna.

—Ve, hijo mío—le dijo—te encomiendo á la bondad de Dios; no volveremos á vernos hasta el día de la resurrección de los justos.

El hijo emprendió su viaje, y la caravana de la cual formaba parte, fue atacada por los bandidos.

—¿Qué tienes sobre tu persona?—preguntó uno de los ladrones.

—Cuarenta piezas de oro debajo del forro de mi vestido.

El ladrón, asombrado al oír esta respuesta, no dudó un instante de que el joven viajero se burlaba de él.

Vino otro, que repitió la misma pregunta y obtuvo la misma respuesta. El jefe, que hasta entonces había presenciado silencioso aquel interrogatorio, no pudo reprimir su hilaridad y le preguntó también:

—¿Qué tienes sobre tu persona, joven?

—Ya lo he dicho dos veces — contestó el mocito;—cuarenta piezas de oro en el forro de mi vestido.

Entonces le registraron cuidadosamente y hallaron el dinero.

—¿Y por qué nos lo dices, imbécil? —exclamó el jefe.

—Porque he prometido á mi madre que no faltaré nunca á la verdad. Yo quiero cumplir mi promesa.

—Dame la mano—dijo el ladrón en extremo conmovido—yo me comprometo á abandonar desde luego esta vida de pecado. Si tú, siendo todavía tan joven, has podido quedar fiel á una promesa dada á tu madre, ¡cuánto más debiera yo ser fiel á mi Dios! Y ¿qué he hecho hasta ahora?

La emoción del jefe había cundido, y todos se hallaban bajo esta influencia y poseídos de los mismos sentimientos.

—Tú nos has guiado por la senda del pecado—exclamaron varias voces—ponte ahora á nuestro frente para dirigirnos en el camino del deber.

Y apretando la mano al joven, todos á una hicieron juramento de andar en adelante de una manera conforme á la voluntad de Dios.

La verdad tiene su recompensa en sí misma, y es un instrumento poderoso de bendición entre las manos de los cristianos.

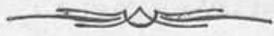


RESPECTO Á LOS ANCIANOS

Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano, y de tu Dios tendrás temor. Yo Jehová.—(Levítico 19. 32.)

Un hermoso viejo es cosa de ver. ¡Sus *canas*, por sí solas, inspiran respeto! «Me gusta—dice Sócrates en *Platón*—conversar con los viejos. Como ellos se nos han adelantado en un camino que habremos de recorrer, considero un deber preguntarles si este camino es rudo y áspero, ó si es mas bien fácil y agradable.» La vejez es la edad de la experiencia, y un buen viejo es una bendición para una casa que cuida bien de él. Y lo es, no sólo para la gente de dentro, sino para los de fuera. Cuando uno entra en una casa y ve sentado junto al hogar un buen viejo ó una mujer anciana ¿no se siente uno edificado? Aproximaos á ellos y si tenéis la dicha de encontrar un viejo Simeón ó una vieja Ana, sentiréis algo así como la realización de esta promesa: *Yo me encargaré de vosotros hasta vuestra vejez, os llevaré, me encargaré de vosotros y os libertaré. Honrar al viejo es temer á Dios.* Demos al Señor nuestros años porque mañana seremos viejos á nuestra vez; andamos sobre las tumbas de los que nos han precedido. La vida vuela, llegan las enfermedades, mensajeras del *Dios Fuerte que reduce á polvo al mortal y le dice; Hijos de los hombres volved á la tierra.* Estemos preparados; todo lo que muere alrededor nuestro nos advierte que nos

desprendamos del mundo antes que el mundo se desprenda de nosotros. El más hermoso viejo es aquel en cuya figura resplandece la alegría que comunica al alma la certidumbre de que *vivir es Cristo y la muerte es ganancia.*



LA CABAÑA DEL TIO TOMÁS.

(CONTINUACIÓN.)

Pero aquello era lo contrario de la disciplina establecida, y pronto me encontraba con Alfredo en la misma tortura que lo había estado con mi padre algunos años antes. Me dijo que yo no entendía nada de negocios, y me aconsejó que tomase las rentas que nos había dejado mi padre, y luego establecerme en la casa paterna en Nueva Orleans, hacer allí poesía y dejarle á él dirigir la plantación. Nos separamos pues y me vine aquí.

—¿Y por qué no has libertado á tus esclavos?

—Aún no he llegado á eso. Sevirme de ellos para ganar dinero, no lo haré nunca; pero sostenerles para ayudármelo á gastar, no me parece muy malo. Algunos son antiguos servidores, con los que estoy muy encariñado, los otros son sus hijos. Todos parecen muy satisfechos de su posición; pero vamos, prima, oigo la campana que nos llama para tomar el té.

En la mesa, María aludió á la muerte de Prue.

—Supongo, prima, que nos considerareis como verdaderos bárbaros, dijo.

—Pienso que los amos de Prue han cometido un acto de barbarie, dijo miss Ofelia, pero no os considero, por eso, á todos como bárbaros.

—Mira—dijo María,—hay algunos de esos esclavos, de los que no puede esperarse nada; son tan malos que no merecen vivir, tampoco siento yo por ellos la menor simpatía. Si se condujesen bien, no les harían mal alguno.

—Pero mamá—objetó Eva—esta pobre mujer era una desgraciada; eso fue lo que la hizo beber.

—¡Bah, como si eso fuese una excusa! sucede que la severidad más grande no puede subyugar. Me acuerdo que mi padre tenía un esclavo tan perezoso que se estaba todo el día escondido en las huertas, robando y cometiendo toda clase de cosas horribles. En vano se le castigaba y daba de latigazos, jamás se logró hacerle cambiar de conducta; por fin se arrastró casi muerto hasta las huertas donde espiró. Yo no puedo comprender por qué se conducía de aquella manera, puesto que mi padre le había tratado siempre bondadosamente.

—No obstante yo he dominado uno, al que ni amos ni capataces habían logrado traer á buen camino,—dijo Saint-Clare.

—¡Tú!—dijo María,—me alegraría saber qué has hecho para lograrlo.

(Se continuará.)



1. Al tro-no ex-cel-so dó en in-men-sa glo-ria, Su-pre-mo

Dios, tu ma-jes-tad re-si-de, Su-ban las vo-ces

pu-ras del fer-vien-te Pue-blo que pi-de. A-men.

2

Sobre la tierra, que por patria amada
Te plugo darnos, libertades brillen;
Y no consientas que se forjen nunca
Yugos que humillen.

3

Pío derrama la esplendente lumbre
De tu Evangelio que suaviza al mundo;
De tu Evangelio, manantial de bienes
Siempre fecundo.

4

Caigan las aras de mentidos dioses,
Que al hombre vana salvación le brindan;
Sé tu el Dios nuestro; y el debido culto
Todos te rindan.

5

Miseros somos, lo confiesa el labio:
La iniquidad los corazones vicia.
Haznos creyentes, y reviste al alma
De tu justicia.

6

Tu reino sea nuestra amada patria,
Tu voluntad la ley que veneremos,
La cruz de Cristo la gloriosa enseña
Que tremolemos.



LA ORACIÓN DE LA TARDE.

I.

Ocultas sus fulgores
 El sol en Occidente,
 No ronda ya la abeja
 La perfumada flor;
 Mas sonora se agita
 La cristalina fuente,
 Y sus primeros cantos
 Preludia el ruiseñor.

II.

Cargadas de perfumes
 Las auras vagarosas,
 Flébiles armonías
 Murmuran al pasar,
 Entre el vergel se ocultan
 Las aéreas mariposas,
 Y doradas estrellas
 Comienzan á brillar.

III.

Es hora de misterio
 Y de sublime calma,
 En que tranquilo late
 Del hombre el corazón;
 Y en éxtasis divino
 Elevándose el alma,
 Va á perderse en el caos
 De incógnita región.

IV.

Dulce melancolía
 Inspira aquel momento,
 En que las sombras crecen
 Y el sol se va á ocultar;
 Y entonces por el valle,
 Veloz difunde el viento,
 De sonora campana
 El trémulo vibrar.

V.

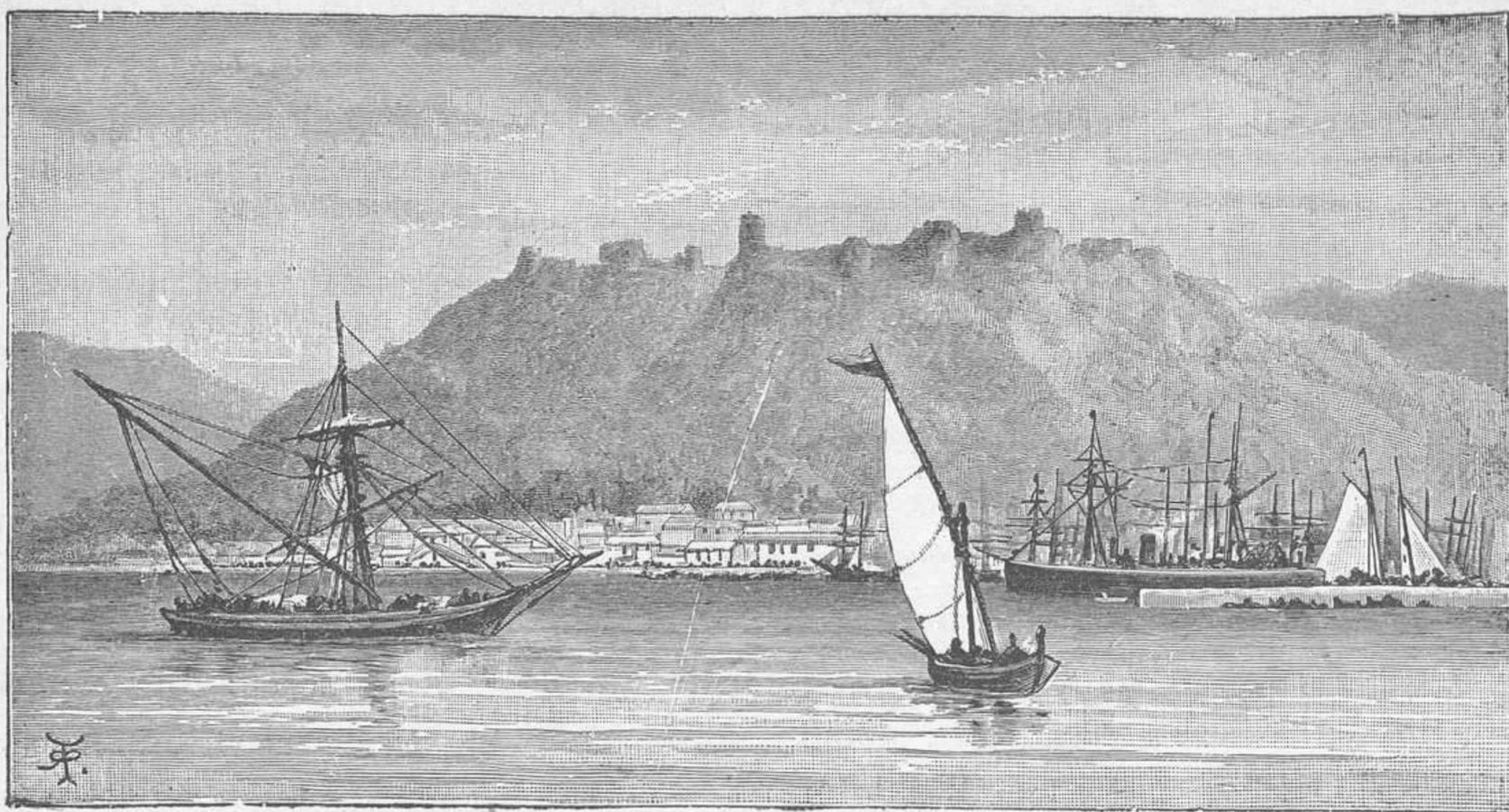
Sonido inexplicable
 Cuya pura cadencia,
 En medio del silencio
 Nos viene á conmover;
 Eco que nos recuerda
 La indefinible esencia,
 La bondad y la gloria
 De Dios, Supremo Sér.

VI

Entonces nuestro pecho
 Se siente conmovido,
 Forma coro á los cantos
 Que alza la creación;
 Su acento une al sonoro
 Majestuoso tañido,
 Y exhala su ternura
 En férvida oración.

A.





SMIRNA

Célebre ha sido desde antiguos tiempos esta ciudad, y su celebridad continúa hasta el día de hoy. Situada en el centro del Asia menor, su comercio, sus riquezas y sus bellísimos edificios atraían á ella multitud de visitantes, que encantados también por su cultura, allí se connaturalizaban. Arruinada muchas veces por los temblores de tierra, era levantada muy pronto con más solidez y más belleza que antes.

Como era de esperar, el Cristianismo tomó carta de naturaleza en ella, y se constituyó allí la segunda de las Iglesias que se mencionan en los primeros capítulos del Apocalipsis ó Revelación. Dicha Iglesia era *pobre* en bienes del mundo pero era muy *rica* en fe. Así, resistió con firmeza extraordinaria la persecución que los llamados judíos pero

que más que de la sinagoga judía eran de la «sinagoga de Satanás», suscitaron. Una aflicción de «diez días» y la prisión de muchos de sus miembros le fue anunciada; y, efectivamente, el año 167 de la era cristiana, el fuego de la persecución se encendió de nuevo en ella, sufriendo heroico martirio, entre otros muchos, su célebre Pastor ú Obispo Policarpo, discípulo del apóstol Juan.

En tiempo de los emperadores floreció mucho por su comercio y sus escuelas de elocuencia.

En la Edad Media fue muy codiciada por los conquistadores, entre otros por el célebre Tamerlán, que la tomó en 1402 y levantó en una de sus plazas una torre de cabezas humanas.

En 1814 y 1831 sufrió una peste y una invasión colérica, que casi la redujeron á un desierto por las muchas víctimas que sucumbieron y por la fuga

de sus moradores. Hoy es la más importante de las villas del Asia menor, como centro y escala del comercio de Levante. Cuenta con 120 á 130.000 habitantes, de los cuales sólo 20.000 son cristianos, siendo el mayor número de ellos cismáticos griegos. También es el centro ó cuartel general de las misiones protestantes en Turquía.

EL CIRUELO

El pequeño Julio miraba con ávidos ojos un ciruelo cubierto de hermosos frutos maduros. El hubiera tenido el gusto de coger algunos; pero su padre se lo habia prohibido, y él dijo:

—No hay aquí nadie que pueda verme; ni mi padre ni el jardinero están aquí, y yo podría bien robar algunas de estas ciruelas sin que se apercibiesen; pero quiero ser obediente, no quiero por mi golosina quebrantar la prohibición que me han puesto.

Y Julio se alejó. Su padre, que le había oído, escondido detrás de un árbol, corrió á él y le dijo:

—Ven, mi querido Julio, ven, hijo mío, ahora vamos á coger ciruelas.

El padre se puso á sacudir el árbol, y Julio vió su buena acción ricamente recompensada.

Ahora permitidme, queridos lectores, unas cortas observaciones á estas sencillas palabras:

¿De qué estamos sembrando el jardín de nuestra vida? ¿Cuidamos como un

buen jardinero de limpiar el jardín de malas hierbas? Si no lo habéis hecho hasta ahora, hacedlo en adelante.

—¿Pero cuáles son esas hierbas?— dirá alguno.

—¿Eres pequeño? Pues mira, las malas hierbas para ti son: pereza, poco amor á la escuela, desobediencia á tus padres y maestros, mentira, glotonería, desaseo y otras muchas que es imposible enumerar.

¿Eres ya joven? Las malas hierbas que debes de evitar, son: Los malos amigos, aunque se disfracen de buenos, la indiferencia religiosa, las diversiones pecaminosas, el ocio, la codicia de bienes mundanos, que suele ser causa de muchos extravíos.

Dominemos nuestros deseos, como hizo el pequeño Julio ante el codiciado ciruelo, y seguramente tendremos como él sobrada recompensa. Busquemos como él hacer la voluntad de nuestro padre celestial y se cumplirá en nosotros aquella promesa:

«Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.» (Mateo 6. 33.)

UN CARACTER NOBLE

El que está pronto á perdonar todas las equivocaciones de los demás, como si él mismo se equivocara, y al mismo tiempo se abstiene tan vigorosamente de todo lo malo, como si no lo perdonara en nadie, es el más honrado y el que practica la moral más pura.



La luna.

Acet, vivit, morit.



LA LUNA.

—

Estamos tan acostumbrados á los fenómenos y misterios de la naturaleza, que los vemos sucederse sin parar en ellos nuestra atención.

Y sin embargo, nada tan grandioso y elocuente para un espíritu observador, como el espectáculo de un mar ceñido de montañas, un desierto muerto á toda vegetación, una pradera sembrada de flores; y en los cielos ese astro rey, que preside al día; esa poética luna que alumbra nuestras noches, y ese ejército de estrellas que marchan acompasadas por la inmensidad de los cielos.

Todo es obra de Naturaleza, dicen algunos espíritus pequeños, á la vez que soberbios: todo es obra de un Arquitecto Supremo, dicen otros: todo es obra de Dios, dice el creyente, porque ese es su nombre verdadero, y la honradez enseña que á cada cosa debe llamársele por su nombre.

No es esta ocasión, ni creemos tampoco de necesidad, explicar la variedad de las fases de la luna, la ley á que obedecen, y á su vez la influencia que ejercen sobre nuestro planeta.

Sólo queremos llamar la atención de nuestros lectores sobre los tres cuadros de nuestra lámina, sabiamente ideados por el artista, y que representan las tres fases de la vida del hombre: el nacimiento, la plenitud de la vida y el ocaso de ella.

La *luna nueva*, con sus cuernos ha-

cia el Oriente, de donde viene la luz, el calor, la vida.

Luna llena, dominándolo todo desde la altura de los cielos, simbolizando la plenitud, la robustez y los encantos de la vida.

Luna menguante, que nos recuerda y simboliza el ocaso de la vida, cómo ésta va declinando, mirando hacia el Occidente y alumbrando un sepulcro.

Todo en naturaleza tiene su significación, todo nos enseña mucho. Dichoso el hombre que estudia en el Libro de Naturaleza, no menos sabio ni menos ancho que el Libro de la revelación.



COSTOSO Y SIN VALOR.

—

Un infeliz idiota se escapó un día de una casa de dementes. Mientras estaba sentado junto al camino, pasó un cazador montado en brioso corcel, y seguido de una jauría de perros. El idiota se acercó á él, y, con voz fuerte, le preguntó:

—¡Hola! Diga usted, ¿cuánto valen sus perros?

—Tres guineas (cerca de 80 pesetas) cada uno.

—Y su caballo, ¿cuánto vale?

—Setenta ú ochenta guineas (unas doscientas pesetas.)

—¿Y á dónde va usted con estos perros y este caballo?

—A cazar la zorra.

—¿Y cuánto vale la zorra?

—Nada.

—Pues bien; tengo que decirle, que usted haría mejor en volverse á su casa, ó en ir á ocupar el puesto que yo he dejado.....

¡Qué ilustración más viva del hombre que busca los placeres y se entrega á ellos! Dotado de un espíritu y un corazón capaces de las cosas más grandes y excelentes; pudiendo servir á Dios y traer bendiciones á los hombres; dotado de un alma inmortal, cuyo valor, según declaración de Dios mismo, es muy superior al del mundo entero, pasa su vida en caza de las sombras, vendiendo, cual otro y más culpable Esaú, su progenitura, que le asegura la gloria eterna, y esto por un plato..... de lentejas.

LOS CONSEJOS DE UNA AGUJA

María acaba de enhebrar su primera aguja, y poniéndose á trabajar con ella en silencio, inesperadamente escucha una vocecita que comienza á platicar con ella, diciendo:

—Escucha, niña, los consejos de tu aguja. Soy una amiga nueva; pero nuestra amistad será larga, y durante el transcurso de muchos años no nos separaremos.

Yo soy la que te enseñaré tus deberes como mujer; pues en el momento en que comienzas á usarme, comienzas á ser útil. Soy para ti el símbolo del trabajo. El trabajo es la vida, la actividad y la felicidad. Todo lo que miras en torno tuyo tiene su trabajo.

Para colocarme en tus manecitas han trabajado miles de hombres, bajando á las profundidades de la tierra, sacando el metal, refinándolo, y al fin logrando hacerme tal como me ves, ligera, brillante y delgada. Todos han trabajado para tí, y ahora te toca, según tu capacidad, trabajar para todos.

¡Sé el ángel del hogar; alegra á tu padre cuando llega cansado de su trabajo; ayuda á tu madre; compadécete de los pobres y de los afligidos, y serás feliz!.....



LA CABAÑA DEL TIO TOMÁS.

(CONTINUACIÓN.)

—Era una especie de gigante, de una fuerza prodigiosa, nacido en Africa y que parecía poseer hasta el mayor grado posible el instinto del amor á la libertad; un verdadero león africano. Se llamaba Escipión; nadie pudo dominarlo y había andado de amo en amo hasta que Alfredo le compró con la esperanza de someterle. Pero un día atemorizó al capataz y se puso á salvo en los pantanos. Estaba yo de visita en casa de Alfredo, porque esto sucedía después de nuestra separación. Alfredo estaba desesperado. Yo le dije que la falta era suya en primer lugar y que yo me comprometía á sujetarlo. Se convino entonces, que Alfredo me lo cediese para hacer yo la experiencia, si lográbamos cogerle. Pusieronse seis ó siete en su persecución armados de fusiles y acompañados de

perros. Sabeis que puede tenerse tanto entusiasmo en cazar un hombre como en cazar un gamo; no es más que cuestión de costumbre. Realmente estaba yo algo excitado, aunque no había entrado más que como mediador en el caso de que fuese cogido.

Los perros ladraban y olfateaban; reconocimos los pantanos en todos sentidos, cuando por fin le vimos sentado como una cabra. Durante mucho tiempo se sostuvo muy lejos de nosotros; pero aventurándose á entrar en una espesura impenetrable, no encontró medio de salir de ella. Desesperado se volvió dando alaridos y gritos salvajes, entablado con los perros una lucha desesperada. Jamás ví espectáculo igual; los lanzaba á diestra y siniestra con admirable habilidad, matando dos ó tres sin otra arma que sus puños; pero un tiro disparado por uno de los cazadores le hirió y vino á caer á mis pies bañado en sangre. El pobre muchacho levantó hacia mí sus dos ojos en los que brillaban á la vez el valor y la desesperación.

Hice alejarse entonces á los perros y

á los hombres y le reclamé como prisionero mío; era el único medio de impedirles que le matasen en la borrachera del éxito; persistí en mi idea y Alfredo me lo envió. Empecé yo mismo su educación, y lo hice tan bien, que al cabo de quince días vino á ser tan dulce y tan tratable como yo podía desear.

—¿Qué medio empleaste, pues?—preguntó María.

—Seguí un procedimiento muy sencillo: le hice llevar á mi propio cuarto en una buena cama; curé yo mismo sus heridas, y le cuidé solícitamente hasta su completo restablecimiento. Algún tiempo después, le envié un acta de libertad diciéndole que podía marcharse á donde bien le pareciera.

—¿Y qué hizo? preguntó miss Ofelia.

—Rompió el papel en dos pedazos y se negó en absoluto á abandonarme. Jamás he tenido servidor más fiel, más franco y más honrado. Abrazó más tarde el cristianismo y vino á ser tan agradable como un niño.

(Se continuará.)

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION: Por un año: en Madrid, Ptas. 2; en Provincias, Ptas. 2'50

Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID 1898.—Imp. de Idamor Moreno Cruzado, Suc. de J. Cruzado, Blasco de Garay, 9.